

Más información:

Rito es la repetición del culto ancestral a eros y tánatos, a las pulsiones de vida y muerte, y a su ciclo. Su estructura en tres movimientos, llamada, ofrenda y catarsis, se desencadena con un sonido de campanas que nos convoca al lugar de la ceremonia. En él, una ofrenda de cien cabezas de jaguares blancos definen un círculo, forma geométrica sagrada en todas las tradiciones, sin principio y sin fin, eterno e infinito. Las fauces rugientes de los félicos cerámicos establecen, dispuestas hacia el exterior, un límite entre lo divino y lo humano, entre lo que sucederá dentro del círculo como cosmogonía de la creación y relato mítico del origen del mundo. Construyen un espacio y tiempo suspendidos y a su vez, protegen y preservan su energía.

En el interior del altar, dos cuerpos yacen tendidos con la cara hacia abajo. Están unidos por la boca, succionados el uno hacia el otro y cubiertos por la misma materia divina de la que están hechos los jaguares que los velan. Voces corales entonan un cántico litúrgico de origen pagano que invoca la compasión de lo divino. Su fusión musical de diferentes palos invoca varios cultos simultáneamente y da paso al movimiento de los dos cuerpos. Éstos comienzan a describir giros, a modo de radios humanos, sin más eje que el centro donde sus labios se acoplan. La horizontalidad se acaba, y se encadenan flexiones y contorsiones en una búsqueda del encaje de ambos cuerpos, donde lo cóncavo recoja lo convexo y viceversa. Sin abrir los ojos, sin romper la boca.

Se produce la primera escisión, y el tempo musical deviene jungla. Los labios se separan, pero un hilo rojo de vida y muerte los conecta. Los cuerpos se animalizan, se observan, se sincronizan, y se exhiben en un cortejo cadencioso. Durante este baile de seducción, enredan y desenredan el cordón sobre ellos mismos, en una secuencia de movimientos en las que se alterna la distancia y el contacto, su mirada y su olfato. De fondo se sucede un ritornello que enumera un cuerpo fragmentado, y se produce la caída definitiva del hilo de sangre entre contorsiones, sacudidas, portés y trabajo de suelo.

La arena es un tapiz de lucha grecorromana. Los bailarines son los cuerpos míticos del héroe y de la heroína, son la encarnación de la proeza física, de lo atlético pero también de la vulnerabilidad. Son monumentos móviles de la hazaña y del fracaso. El movimiento, la fricción y la convulsión producen una mutación. Y la piel monumental de barro de esta oda a la gesta y a la ruina de lo humano se desmorona. Escuchamos como ambos cuerpos se desgajan, como resuenan los pedazos dentro del círculo, provocando una niebla de polvo de arcilla que penetra en nuestra nariz, que masticamos y que también reseca nuestras gargantas.

Unos compases de cuerda finales guarecen un conjunto de movimientos acompasados, cada vez más largos, hasta quedar un cuerpo de espaldas al otro, sentados en el suelo, con los ojos cerrados. Después del rito abandonamos el santuario, pero algo ha cambiado: ya no somos lxs mismxs.

